

Sobre la vejez - Cicerón

<https://www.thelatinlibrary.com/cicero/senectute.shtml>

Traducción Elejandría

I. 1. ¡Oh Tito, si algo yo pudiera ayudarte y aliviar esa preocupación que ahora te roe y te revuelve clavada en el pecho, qué recompensa no sería la mía!

Pues bien me es lícito dirigirme a ti, Ático, con los mismos versos con que se dirige a Flaminio

aquel varón de no grandes riquezas, mas lleno de lealtad;

aunque sé con certeza que no te sucede como a Flaminio,

que tú, Tito, te agitas así noche y día;

pues conozco la moderación y la ecuanimidad de tu espíritu, y entiendo que de Atenas no trajiste solo el sobrenombre, sino también la humanidad y la prudencia. Sin embargo, sospecho que a veces te afectan con más peso las mismas cosas que a mí, cuyo consuelo es tanto mayor cuanto que ha de diferirse para otro momento. Ahora bien, me ha parecido oportuno escribirte algo sobre la vejez.

2. Pues de esta carga que nos es común a los dos —la vejez que ya apremia o que sin duda se acerca— quiero librarme tanto a ti como a mí mismo; aunque sé con certeza que tú la llevas y la llevarás con moderación y sabiduría, como todas las cosas. Pero al querer escribir algo sobre la vejez, tú eras quien me venía a la mente como digno de ese regalo del que ambos pudiéramos servirnos en común. A mí, al menos, la elaboración de este libro me ha resultado tan grata que no solo ha borrado todos los pesares de la vejez, sino que la ha hecho llevadera y aun placentera. Nunca, pues, podrá alabarse la filosofía con suficiente dignidad: quien la

obedece puede pasar sin pesadumbre cualquier tiempo de la vida.

3. Pero sobre otras cosas mucho hemos dicho y mucho diremos; este libro te enviamos sobre la vejez. Todo el discurso lo hemos puesto en boca no de Titono, como hizo Aristón de Quíos —pues poco peso tendría en una fábula—, sino del anciano Marco Catón, para dar más autoridad a las palabras; junto a él hacemos a Lelio y Escipión maravillarse de que lleve tan fácilmente la vejez, y a él respondérselo. Si este debate parece más erudito de lo que acostumbraba él mismo en sus libros, atribúyase a las letras griegas, en las cuales es sabido que fue muy aficionado en su vejez. Pero ¿a qué más? El propio discurso de Catón expondrá todo nuestro parecer sobre la vejez.

II. 4. *Escipión*. Con frecuencia me suelo admirar, junto con este Cayo Lelio, de tu excelente y perfecta sabiduría en todo, Marco Catón, y sobre todo de esto: que nunca te haya notado llevar con pesadumbre la vejez, que a la mayor parte de los ancianos les resulta tan odiosa que dicen soportar una carga más pesada que el Etna.

Catón. Cosa no muy difícil parece que admiráis, Escipión y Lelio. A quienes no tienen en sí mismos recurso alguno para vivir bien y felizmente, toda edad les es pesada; pero a quienes buscan todos los bienes en sí mismos, nada puede parecerles malo de lo que trae la necesidad natural. En ese género está ante todo la vejez: todos desean alcanzarla, y a quienes la alcanzan, la misma vejez les merece reproches; tal es la inconsecuencia y la perversidad de la necedad. Dicen que se les vino encima antes de lo que pensaban. Primero: ¿quién los obligó a juzgar mal? ¿Acaso se echa encima la vejez a la juventud más deprisa que la juventud a la niñez? ¿Y sería menos pesada la vejez para ellos si vivieran ochocientos años que

si vivieran ochenta? Pues el tiempo ya transcurrido, por largo que hubiera sido, una vez que pasó, ningún consuelo podría aplacar a una vejez necia.

5. Por eso, si soléis admirar mi sabiduría —¡ojalá fuera digna de vuestra opinión y de nuestro sobrenombre!—, en esto somos sabios: en que seguimos a la naturaleza como guía excelente, casi como a un dios, y le obedecemos; no es verosímil que ella, habiendo trazado bien las demás partes de la vida, haya descuidado como un poeta torpe el acto final. Y sin embargo, era necesario que hubiera algo final y, como en los frutos de los árboles y de la tierra, que a su madurez sazón llegara algo marchito y caduco, que el sabio ha de aceptar con dulzura. ¿Qué otra cosa es hacer la guerra a los dioses a la manera de los Gigantes sino rebelarse contra la naturaleza?

6. *Lelio*. Y sin embargo, Catón, nos harás el mayor favor —te lo prometo también en nombre de Escipión— si, puesto que esperamos —y desde luego deseamos— llegar a viejos, nos enseñas con antelación con qué medios podemos llevar con más facilidad el peso de los años.

Catón. Lo haré, Lelio, con mucho gusto, si es que ha de ser grato para los dos, como dices.

Lelio. Queremos, Catón, si no es molestia, ver cómo es ese lugar al que has llegado, como quien ha recorrido un largo camino que también nosotros hemos de emprender.

III. 7. *Catón*. Lo haré como pueda, Lelio. Muchas veces he sido testigo de las quejas de mis contemporáneos —pues los iguales, según reza el viejo proverbio, se juntan muy fácilmente con los iguales—, de las que solían lamentarse Cayo Salinador y Espurio Albino, personajes consulares de poco más o menos mi misma

edad: unos por carecer de los placeres sin los cuales no concebían que hubiera vida; otros por ser desdeñados por quienes antes solían rendirles deferencia. No me parecía que reprobasen lo que era digno de reproche. Pues si eso fuera culpa de la vejez, me ocurriría lo mismo a mí y a todos los que tienen más años; pero a muchos de ellos los he conocido soportando la vejez sin queja alguna, sin que les pesara verse libres de los lazos de las pasiones ni se sintieran despreciados por los suyos. Pero en todas esas quejas la culpa reside en los caracteres, no en la edad. Los ancianos moderados, ni difíciles ni inhumanos, llevan una vejez tolerable; la aspereza y la inhumanidad son pesadas en cualquier edad.

8. *Lelio*. Es como dices, Catón; pero tal vez alguien objete que a ti te parece más llevadera la vejez por tus recursos, riquezas y dignidad, y que eso no puede estar al alcance de muchos.

Catón. Algo de eso hay, Lelio, pero ni mucho menos lo es todo. Como se cuenta que Temístocles respondió a cierto habitante de Sérifos que le reprochaba en una disputa que su brillo lo debía no a sí mismo sino a su patria: «Ni yo, por Hércules, si fuera de Sérifos, ni tú, si fuera ateniense, habrías alcanzado la gloria.» Lo mismo puede decirse de la vejez: ni en la más extrema pobreza puede ser leve la vejez, ni siquiera para el sabio; ni para el necio, ni en la más extrema abundancia puede dejar de ser pesada.

9. Las armas más apropiadas para la vejez son, Escipión y Lelio, las artes y el ejercicio de las virtudes que, cultivadas durante toda la vida, producen frutos admirables cuando se ha vivido mucho y largamente: no solo porque nunca abandonan, ni siquiera en el último tramo de la vida — aunque eso ya es mucho —, sino también porque la conciencia de una vida bien vivida y el recuerdo de muchas buenas acciones son sumamente gratos.
-

IV. 10. Yo, de joven, quise a Quinto Máximo, aquel que reconquistó Tarento, como a un igual; pues había en aquel varón una gravedad aderezada de afabilidad, y la vejez no había mudado su carácter. Aunque comencé a frecuentarle cuando no era ya muy entrado en años, pero sí de edad avanzada. Pues era cónsul el año siguiente a mi nacimiento, y siendo yo muy joven partí soldado a Capua con él en su cuarto consulado, y cinco años después hacia Tarento. Cuatro años después fui elegido cuestor, magistratura que ejercí siendo cónsules Tuditano y Cetego, cuando él, ya muy anciano, apoyó la ley Cincia sobre donativos y obsequios. Guerreaba como un joven, siendo ya muy mayor, y con su paciencia iba doblegando a Aníbal, que daba saltos de júbilo en su mocedad; de quien dijo admirablemente nuestro querido Enio:

Un solo hombre nos salvó con su dilación, no ponía los rumores por delante de la salvación: por eso brilla ahora más y más la gloria del varón.

11. ¡Con qué vigilancia, con qué pericia reconquistó Tarento! Cuando yo mismo le escuché responder a Salinador, que había huido a la ciudadela al perder la ciudad y se jactaba diciéndole: «Gracias a mi esfuerzo, Quinto Fabio, has reconquistado Tarento», respondió riendo: «Sin duda, pues si tú no la hubieras perdido, jamás la habría reconquistado.» No fue menos ilustre en la toga que en las armas: en su segundo consulado, mientras su colega Espurio Carvilio permanecía inactivo, resistió cuanto pudo al tribuno de la plebe Cayo Flaminio, que distribuía a título individual el campo Picente y el Gálico contra la autoridad del senado; y siendo augur se atrevió a decir que con los mejores auspicios se llevaba a cabo lo que se hacía por la salvación del Estado, y que lo que se hacía contra el Estado se hacía contra los auspicios.

12. Muchas cosas admirables conocí en aquel varón; pero nada más admirable que el modo en que sobrellevó la

muerte de su hijo, varón ilustre y de rango consular. Su elogio fúnebre está en nuestras manos; cuando lo leemos, ¿a qué filósofo no menospreciamos? No fue solo grande a la luz pública y ante los ojos de los ciudadanos, sino más aún en su intimidad y en su casa. ¡Qué conversación, qué enseñanzas, qué conocimiento de la antigüedad, qué ciencia del derecho augural! Y tenía también, para ser romano, gran cultura literaria. Retenía en la memoria no solo las guerras propias de Roma, sino también las extranjeras. Su trato lo disfrutaba entonces con avidez, como presintiendo ya lo que ocurrió: que una vez muerto él, no habría nadie de quien aprender.

V. 13. ¿A qué, pues, todo esto sobre Máximo? Porque veis sin duda que sería un sacrilegio decir que fue miserable una vejez como la suya. Y con todo, no todos pueden ser Escipiones ni Máximos, que recuerden la toma de ciudades, batallas de tierra y de mar, guerras libradas por ellos mismos, triunfos. Existe también la vejez serena y dulce de una vida transcurrida en tranquilidad, pureza y refinamiento: como la de Platón, según se nos cuenta, que murió escribiendo a los ochenta y un años; como la de Isócrates, quien dice haber escrito a los noventa y cuatro años el libro titulado *Panatenaico* y vivió cinco años más; su maestro Gorgias de Leontinos cumplió ciento siete años y nunca cesó en su estudio y labor. Cuando le preguntaban por qué quería vivir tanto tiempo, respondió: «No tengo nada que reprocharle a la vejez.» Respuesta admirable y digna de un hombre docto.

14. Pues los necios achacan a la vejez sus propios vicios y sus propias culpas, cosa que no hacía aquel que acabo de mencionar, Enio:

Como el caballo valeroso que venció muchas veces en la última curva de Olimpia, ahora descansa vencido por la vejez.

Compara su vejez con la de un caballo valeroso y victorioso. Bien podéis recordarle: pues este cónsul, Tito Flaminio y Manio Acilio, fue elegido diecinueve años después de su muerte; y él murió siendo cónsules por segunda vez Cepión y Filipo, cuando yo tenía sesenta y cinco años y apoyé con voz firme y buenos pulmones la ley Voconia. A sus setenta años —que tantos vivió Enio— llevaba dos de las cargas que se tienen por más pesadas, la pobreza y la vejez, de tal modo que casi parecía deleitarse en ellas.

15. En efecto, cuando lo reflexiono, hallo cuatro razones por las que parece miserable la vejez: una, que aparta de los asuntos; la segunda, que debilita el cuerpo; la tercera, que priva de casi todos los placeres; la cuarta, que no está lejos de la muerte. Examinemos, si os parece, cuán grande y cuán legítima es cada una de estas razones.
-

VI. La vejez aparta de los negocios. ¿De cuáles? ¿Acaso de aquellos que se llevan a cabo con la juventud y las fuerzas? ¿Es que no hay entonces nada propio de los viejos que pueda administrarse con el ánimo, aunque el cuerpo sea débil? ¿No hacía nada Quinto Máximo, nada Lucio Paulo, padre tuyo, suegro del mejor de los hombres, hijo mío? Los otros ancianos, los Fabricios, los Curios, los Coruncanos, ¿no hacían nada cuando defendían el Estado con su consejo y su autoridad?

16. A la vejez de Apio Claudio se añadía además ser ciego; y sin embargo, cuando el senado se inclinaba hacia la paz con Pirro y hacia un tratado, no vaciló en pronunciar aquellas palabras que Enio siguió en sus versos:

¿A dónde se han doblado vuestras mentes, que antes solían mantenerse rectas? ¿A qué camino de locura?

y lo demás con suma gravedad; pues el poema os es conocido; y con todo existe el discurso del propio Apio. Y esto lo realizó diecisiete años después de su segundo consulado, habiendo

transcurrido diez años entre los dos consulados, y siendo censor antes del consulado anterior; de lo que se deduce que en la guerra de Pirro era ya de bastante edad. Y sin embargo, tal es lo que recibimos de nuestros antepasados.

17. No aducen pues nada quienes niegan que los viejos pueden intervenir en los asuntos, y son como los que dijeran que el piloto no hace nada en la navegación porque unos trepan por los mástiles, otros corren por los puentes, otros achinan el agua del pantoque, mientras él, sentado tranquilamente en la popa con el timón en la mano, no hace lo que hacen los jóvenes. Pero hace cosas mucho más importantes y mejores. No son las fuerzas, la agilidad ni la velocidad del cuerpo las que llevan a cabo las grandes empresas, sino el consejo, la autoridad, el criterio; de las cuales la vejez no solo no se ve privada, sino que incluso suele acrecentarlas.

18. A no ser que yo os parezca ahora ocioso a vosotros, yo que he servido como soldado, tribuno, legado y cónsul en toda clase de guerras. Sin embargo, prescribo al senado qué guerras han de llevarse a cabo y cómo; a Cartago, que desde hace tiempo abriga malos propósitos, le declaro la guerra con mucha antelación; no dejaré de temerla hasta que sepa que ha sido destruida.

19. ¡Ojalá los dioses inmortales te reserven esa gloria, Escipión, para que culmines lo que quedó pendiente de tu abuelo! Han pasado treinta y tres años desde su muerte, pero todos los años venideros guardarán su recuerdo. Murió el año anterior a mi censura, nueve años después de mi consulado, habiendo sido elegido cónsul por segunda vez siendo yo cónsul. ¿Acaso, si hubiera vivido hasta cien años, habría lamentado su vejez? No andaría de un lado a otro ni correría ni lanzaría picas de lejos ni espadazos de cerca, sino que gobernaría con consejo,

razón y criterio. Si los ancianos no tuvieran estas cualidades, nuestros antepasados no habrían llamado consejo supremo al senado.

20. Entre los lacedemonios, quienes desempeñan el cargo más alto se llaman, como son en efecto, ancianos. Si queréis leer o escuchar lo que ocurre fuera de Roma, encontraréis que las grandes repúblicas fueron arruinadas por los jóvenes y sostenidas y restauradas por los viejos.

¿Cómo perdisteis tan pronto tan gran Estado?

Así preguntan en el juego del poeta Nevio. Y entre las respuestas está principalmente esta:

Surgían oradores nuevos, jóvenes necios.

La temeridad es propia de la edad florida; la prudencia, de la que envejece.

VII. 21. Pero se nos dice que la memoria mengua. Lo creo, si no la ejercitas, o si eres de naturaleza algo lenta. Temístocles se sabía de memoria el nombre de todos sus conciudadanos; ¿creéis pues que con los años andaba saludando a Lísímaco como si fuera Arístides? Por mi parte, no solo conozco a los que hoy viven, sino también a sus padres y abuelos; y leyendo epitafios no temo, como dicen, perder la memoria: al contrario, leyéndolos me viene a la memoria el recuerdo de los muertos. Ni nunca oí que un anciano hubiera olvidado dónde había enterrado un tesoro; los hombres recuerdan todo lo que les importa: las citas señaladas, quién les debe y a quién deben ellos.

22. ¿Qué recuerdan los jurisconsultos, los pontífices, los augures, los filósofos ya viejos, cuántas cosas memoran? El ingenio permanece en los viejos, con tal que se mantenga el estudio y el empeño; y no solo en los

hombres ilustres y de honores, sino también en la vida privada y tranquila. Sófocles compuso tragedias hasta avanzadísima vejez; y pareciendo que por este empeño descuidaba los bienes de familia, sus hijos lo llevaron a juicio para que los jueces lo apartaran de la administración de los bienes, como suele hacerse entre nosotros con los padres que dilapidan el patrimonio. Entonces se dice que el anciano recitó ante los jueces la obra que tenía entre manos y que acababa de escribir, el *Edipo en Colono*, y les preguntó si eso le parecía obra de un demente. Recitada aquella obra, fue absuelto por los votos de los jueces.

23. ¿Acaso la vejez obligó a él, a Homero, a Hesíodo, a Simónides, a Estesícoro, a los que ya cité, a Isócrates y a Gorgias, a los príncipes de los filósofos —Pitágoras, Demócrito, Platón, Jenócrates—, ni después a Zenón, Cleantes, ni a ese estoico Diógenes que vosotros mismos visteis en Roma, a callar en sus estudios? ¿O acaso en todos ellos la actividad de los estudios fue tan larga como su vida?
24. Dejando a un lado estos estudios divinos, puedo mencionar labriegos romanos del agro sabino, vecinos y amigos míos, en cuya ausencia casi nunca se llevan a cabo en el campo las mayores faenas: ni la siembra, ni la cosecha, ni el almacenamiento de los frutos. Aunque en otros esto es menos asombroso; pues no hay nadie tan viejo que no piense poder vivir un año más: y sin embargo se afanan en lo mismo que saben que no les atañe en absoluto.

Planta árboles que aprovechen a otra generación,

como dice nuestro Estacio en los *Sinefebos*.

25. Y el labrador, por viejo que sea, si le preguntan para quién siembra no duda en responder: «Para los dioses inmortales, que quisieron que yo no solo recibiera esto de mis mayores, sino también que lo transmitiera a la posteridad.»
-

VIII. Y mejor dijo Cecilio del anciano que mira por las generaciones futuras que aquello otro suyo:

¡Por Pólux, vejez! si no aportaras ningún otro defecto cuando llegas contigo, con uno solo ya basta: que viviendo largo tiempo ve muchas cosas que no quiere.

Y también muchas que quiere; y en las que no quiere, también la juventud tropieza a menudo. Pero más censurable aún es esto otro de Cecilio:

Esto es lo que tengo por lo más miserable en la vejez: sentir que a esa edad ya eres odioso para otro.

26. Antes placentero que odioso. Pues así como los ancianos sabios se deleitan con los jóvenes de buen carácter y se les hace más llevadero si son frecuentados y queridos en la juventud, así también los jóvenes se gozan con las enseñanzas de los viejos, que los guían hacia el estudio de las virtudes; y no menos comprendo que soy agradable a vosotros de lo que vosotros lo sois para mí. Pero ya veis que la vejez no solo no es lánguida e inactiva, sino que siempre está activa y emprendiendo algo: naturalmente lo mismo que cada cual emprendió en su vida anterior. ¿Y qué hay de quienes aprenden incluso algo nuevo? Como vemos a Solón que se jacta en sus versos de hacerse viejo aprendiendo algo nuevo cada día; y yo lo hice también, pues aprendí el griego en la vejez: lo tomé con tanta avidez, como si quisiera calmar una sed larga, que los propios ejemplos de los que ahora me valgo ante

vosotros me eran ya conocidos. Al enterarme de que Sócrates había hecho lo mismo con la lira, me hubiera gustado hacer también eso —pues los antiguos aprendían a tocar la lira—, pero en las letras desde luego me apliqué.

IX. 27. Ni siquiera ahora echo de menos las fuerzas de la juventud —ese era el segundo vicio que se atribuye a la vejez—, como tampoco de joven echaba de menos las del toro o del elefante. Lo que se tiene, de eso conviene servirse, y en lo que sea que hagas, actuar conforme a las fuerzas que tienes. ¿Qué palabras pueden ser más dignas de desprecio que las de Milón de Crotona? Cuando ya era viejo, vio a los atletas entrenarse en la pista y mirándose los brazos comenzó a llorar diciendo: «Estos ya están muertos.» No ellos tanto como tú, fatuo; pues jamás fuiste ilustre por ti mismo, sino por tus costillas y tus brazos. Nada de eso hay en Sexto Elio, nada en Tiberio Coruncano, muchos años antes, nada en Publio Craso recientemente; a ellos se les prescribía el derecho a los ciudadanos, y su prudencia se extendió hasta el último aliento.

28. El orador temo que languidezca con la vejez; pues su función exige no solo ingenio, sino también pulmones y fuerzas. Aunque ese timbre sonoro de la voz resplandece, no sé cómo, incluso en la vejez, que yo mismo no he perdido aún, y ya veis los años que tengo. Y con todo, es decoroso en el anciano un discurso tranquilo y reposado, y la oración serena y apacible del anciano elocuente se gana por sí sola la atención de quien escucha. Y si tú mismo no puedes ya llevarla a cabo, puedes enseñársela a Escipión y Lelio. ¿Pues qué hay más grato que una vejez rodeada del afecto estudioso de la juventud?

29. ¿O no le dejaremos a la vejez ni siquiera esas fuerzas de enseñar, educar y formar a los jóvenes para toda obligación del deber? ¿Y qué labor puede ser más gloriosa que esa? A mí, Gneo y Publio Escipión y vuestros dos abuelos, Lucio Emilio y Publio Africano, me parecían

afortunados con el séquito de jóvenes ilustres, y no hay maestro de las buenas artes que no haya de tenerse por feliz, aunque sus fuerzas hayan envejecido y fallado. Y sin embargo esa misma decadencia de fuerzas se produce más a menudo por los vicios de la juventud que por la vejez; pues una juventud lujuriosa e intemperante entrega un cuerpo agotado a la vejez.

30. El mismo Ciro en Jenofonte, en el discurso que pronunció al morir, siendo ya muy anciano, niega haber notado que su vejez se hubiera vuelto más débil de lo que fue su juventud. Yo recuerdo de niño a Lucio Metelo, que habiendo sido nombrado pontífice máximo cuatro años después de su segundo consulado, presidió ese sacerdocio durante veintidós años, con tales fuerzas en el último período de su vida que no echaba de menos la juventud. No es necesario que hable de mí mismo, aunque eso es propio de la vejez y se nos perdona.

X. 31. ¿Veis con qué frecuencia alaba Néstor en Homero sus propias virtudes? Contemplaba ya la tercera generación de hombres y no tenía que temer que al hablar verdad de sí mismo pareciera arrogante o charlatán. Como dice Homero, «de su lengua fluía la palabra más dulce que la miel», para cuya dulzura no necesitaba fuerza alguna del cuerpo. Y sin embargo, aquel caudillo de Grecia no desea tener diez como Áyax, sino como Néstor: si eso le ocurriera, no duda en que Troya caería pronto.

32. Pero vuelvo a mí. Estoy en mi octogésimo cuarto año; y quisiera poder gloriarse de lo mismo que Ciro; pero sí puedo decir esto: que no tengo las fuerzas que tuve cuando era soldado en la guerra púnica, cuando era cuestor en la misma guerra, cuando cónsul en Hispania, o cuatro años después, cuando tribuno militar combatí en las Termópilas siendo cónsul Manio Glabrio; y sin

embargo, como veis, la vejez no me ha enervado del todo ni abatido: el senado no echa de menos mis fuerzas, ni la tribuna, ni mis amigos, ni mis clientes, ni mis huéspedes. Pues nunca me pareció bien aquel viejo proverbio que aconseja «hacerse pronto viejo si se quiere serlo mucho tiempo». Yo preferiría serlo menos tiempo antes que serlo antes de serlo. Así que hasta ahora nadie ha querido verme sin que haya podido recibirle.

33. Pero tengo menos fuerzas que cualquiera de vosotros dos. Vosotros tampoco tenéis las del centurión Tito Poncio; ¿es él por eso superior? Basta con que haya moderación en las fuerzas y que cada uno haga cuanto puede; no echará de menos sus fuerzas con gran dolor. Dicen que Milón entró en el estadio de Olimpia llevando en los hombros un buey. ¿Qué preferirías que te dieran: estas fuerzas del cuerpo o las del ingenio de Pitágoras? En fin, sirve de ese bien mientras lo tengas; cuando te falte, no lo echas de menos, a no ser que los jóvenes deban echar de menos la niñez y los que pasan algo de la juventud la mocedad. El curso de la vida es fijo y el camino de la naturaleza es único e irrepetible, y a cada etapa de la edad le ha sido dada su propia sazón: la debilidad de la infancia, la impetuosidad de la juventud, la seriedad de la edad madura y la madurez de la vejez tienen algo de natural que debe recibirse en su momento.
34. Creo que has oído, Escipión, lo que hace hoy tu antiguo huésped Masinisa, que tiene noventa años: cuando emprende camino a pie, no monta a caballo en ningún momento; cuando va a caballo, no desmonta; ninguna lluvia ni frío le hace taparse la cabeza; tiene una extrema sequedad de cuerpo, y así cumple con todos los deberes y obligaciones de rey. El ejercicio, pues, y la moderación pueden conservar incluso en la vejez algo del vigor

primitivo.

XI. No hay fuerzas en la vejez. Tampoco se le piden fuerzas a la vejez. Así pues, nuestra edad está exenta por las leyes y las costumbres de aquellas cargas que no pueden sostenerse sin fuerzas. Así que no solo no se nos obliga a lo que no podemos, sino ni siquiera a todo lo que podemos.

35. Pero muchos ancianos son tan débiles que no pueden cumplir ninguna obligación de su deber ni de la vida en general. Pero eso no es un vicio propio de la vejez, sino común a la mala salud. ¡Qué débil era el hijo de Publio Africano, el que te adoptó, qué frágil o más bien nula su salud! Si no hubiera sido así, habría resplandecido como una segunda luz del Estado: pues a la grandeza de ánimo de su padre se había unido una cultura más amplia. ¿Qué tiene de extraño, pues, que los viejos sean a veces débiles, si ni los jóvenes pueden escapar a ello? Hay que resistir a la vejez, Lelio y Escipión, y compensar sus defectos con el cuidado; hay que combatirla como si fuera una enfermedad;

36. hay que cuidar la salud, hacer ejercicio moderado, tomar la comida y la bebida en la medida en que restituyan las fuerzas sin agobiarlas. Ni solo el cuerpo ha de recibir ayuda, sino mucho más la mente y el espíritu; pues también estos, si no les añades aceite como a una llama, se extinguen con la vejez. Y los cuerpos se sobrecargan con el agotamiento del ejercicio, mientras que los espíritus se alivian con el ejercicio. Pues con lo de los «necios viejos cómicos» que menciona Cecilio, entiende a los crédulos, olvidadizos e indolentes; defectos que no son de la vejez, sino de una vejez ociosa, perezosa y soñolienta. Así como la petulancia y el desenfreno son más propios de los jóvenes que de los viejos —pero no de todos los

jóvenes, sino de los depravados—, esa necedad senil que suele llamarse chochez es propia de los viejos frívolos, no de todos.

37. A cuatro hijos robustos, cinco hijas, tan grande casa y tan grande clientela gobernaba Apio, siendo ciego y anciano; pues tenía el espíritu tenso como un arco y no cedía lánguido ante la vejez. Mantenía no solo la autoridad, sino también el mando sobre los suyos: le temían los esclavos, le respetaban los hijos libres, le querían todos; en aquella casa florecían la tradición paterna y la disciplina.

38. Así es como la vejez es digna: si se defiende a sí misma, si conserva su derecho, si no es esclava de nadie, si domina sobre los suyos hasta el último aliento. Pues así como apruebo a un joven en quien hay algo de anciano, así apruebo a un anciano en quien hay algo de joven: quien sigue este camino podrá ser viejo de cuerpo, pero nunca lo será de espíritu. Tengo entre manos el séptimo libro de los *Orígenes*; recojo todos los monumentos de la antigüedad; ahora estoy poniendo en limpio los alegatos de todas las causas ilustres que defendí; trato el derecho augural, pontifical y civil; y uso mucho también de las letras griegas; y siguiendo el uso de los pitagóricos, para ejercitar la memoria, repaso cada tarde lo que dije, oí e hice durante el día. Estos son los ejercicios del ingenio, estas las carreras del espíritu; sudando y afanándome en ellas no echo de menos en demasía las fuerzas del cuerpo. Estoy disponible para mis amigos, acudo al senado con frecuencia y traigo yo mismo asuntos largamente meditados, que sostengo con las fuerzas del ánimo y no del cuerpo. Y si no pudiera llevar a cabo todo eso, mi lecho me daría placer pensando en lo que ya no pudiera hacer; pero que pueda hacerlo lo propicia la vida que he vivido. Pues quien vive siempre en estos estudios y afanes no advierte cuándo le llega la vejez. Así envejece

la vida poco a poco e insensiblemente, y no se quiebra de golpe, sino que se extingue con el paso del tiempo.

XII. 39. Sigue la tercera acusación contra la vejez: dicen que carece de placeres. ¡Qué insigne regalo de la edad, si en verdad nos quita lo que hay de más vicioso en la juventud! Escuchad, excelentes jóvenes, un antiguo discurso de Arquitas de Tarento, varón entre los primeros, grande e ilustre, que me fue transmitido cuando era joven en Tarento con Quinto Máximo. Decía que ninguna plaga más mortífera que el placer del cuerpo había sido dada por la naturaleza a los hombres; que las pasiones, ávidas de tales placeres, se lanzaban a su obtención temeraria y desenfrenadamente.

40. De ahí nacían las traiciones a la patria, las subversiones de los Estados, los tratos clandestinos con los enemigos; que en suma no había crimen ni maldad que el deseo del placer no impulsara a cometer; que los estupro, los adulterios y toda infamia semejante no los excitaban otros alicientes sino el placer; y que, habiendo dado la naturaleza o algún dios al hombre la mente como lo más excelente que tiene, nada había tan enemigo de ese don divino como el placer;

41. que donde domina la pasión no hay lugar para la templanza, ni en el reino del placer puede vivir la virtud. Para hacerlo entender mejor, pedía que imaginásemos a alguien embargado por el mayor placer físico que puede concebirse; pensaba que nadie dudaría en que mientras gozara así, no podría adelantar nada con la mente, con la razón, con el pensamiento. Por tanto, nada tan detestable y tan pestilente como el placer, pues, siendo grande y duradero, apaga toda la luz del alma. Esto dijo Arquitas a Cayo Poncio el Samnita, padre de aquel por quien fueron vencidos los cónsules Espurio Postumio y Tito Veturio en las Horcas Caudinas: así nos contaba Nearco de Tarento,

nuestro huésped, que había permanecido fiel a la amistad del pueblo romano, haber oído de sus mayores, habiendo estado él presente en aquella conversación y también Platón de Atenas, que encuentro llegó a Tarento siendo cónsules Lucio Camilo y Apio Claudio.

42. ¿A qué viene todo esto? Para que comprendáis que si no pudiéramos rechazar el placer con la razón y la sabiduría, habría que tener mucha gratitud a la vejez, que consigue que no apetezca lo que no es lícito. El placer entorpece el juicio, es enemigo de la razón, cega, por así decirlo, los ojos del espíritu, y no tiene ningún comercio con la virtud. Con disgusto hice expulsar del senado a Lucio Flaminio, hermano del valeroso Tito, siete años después de haber sido cónsul; pero creí que había que castigar su desenfreno. Pues cuando era cónsul en la Galia, se dejó persuadir en un banquete por un prostituto para que ejecutara con el hacha a uno de los prisioneros condenados a muerte. A este se le escapó de las manos cuando fue censor su hermano Tito, que fue el inmediato anterior a mí; pero a mí y a Flaco no podía parecernos bien en modo alguno un desenfreno tan vergonzoso y perdido, que unía a la deshonra personal el oprobio del mando.

XIII. 43. He oído con frecuencia de personas mayores, que decían haberlo oído de viejos siendo ellas niñas, que solía admirarse Cayo Fabricio de que, cuando era legado ante el rey Pirro, hubiera oído de Cineas el tesalio que había en Atenas cierto individuo que se proclamaba sabio, y que este afirmaba que todo lo que hacemos ha de referirse al placer. Y que al escuchárselo a él, Manio Curio y Tiberio Coruncano solían desear que aquello mismo se lo persuadieran a los samnitas y al propio Pirro, para poder vencerlos más fácilmente al entregarse a los placeres. Manio Curio había

convivido con Publio Decio, que cinco años antes de su consulado se había consagrado a la muerte por la república en su cuarto consulado; conocía también a Fabricio, conocía a Coruncano; quienes, tanto por su propia vida como por el hecho de aquel Decio del que hablo, juzgaban que sin duda hay algo noble y excelso por naturaleza que se busca por sí mismo, y que todo hombre de bien persigue despreciando y menospreciando el placer.

44. ¿A qué viene, pues, tanto discurso sobre el placer?

Porque no solo no hay reproche alguno, sino que el mayor elogio de la vejez consiste en que no echa de menos los placeres con apremio. Se priva de los festines con mesas repletas y de las frecuentes copas; se priva, pues, también de la embriaguez, la indigestión y el insomnio. Pero si algo hay que conceder al placer, ya que no es fácil resistir a sus seducciones —pues con razón lo llama Platón «cebo de los males», porque es con él como se atrapa a los hombres como a los peces—, aunque la vejez se priva de los festines desmesurados, puede sin embargo deleitarse en convites moderados. De niño veía a menudo al anciano Cayo Duilio, hijo de Marco, el primero que venció a los cartagineses en una batalla naval, volver de un festín; gustaba de hacerse acompañar por una antorcha de cera y un flautista, algo que ningún particular se habría tomado sin precedente; tanta licencia le daba la gloria.

45. Pero ¿para qué hablar de otros? Volvamos a mí mismo.

Primero, siempre tuve compañeros de cofradía. Las cofradías se constituyeron siendo yo cuestor, cuando se recibieron los sagrados de la Magna Mater Idea. Comía pues con mis cofrades con total moderación; pero había cierto ardor de la edad; al avanzar esta, todo se va volviendo cada día más templado. Ni medía el deleite de los propios convites más por los placeres del cuerpo que por el encuentro con los amigos y la conversación. Pues con razón llamaron nuestros antepasados «convivium» a

la reunión en torno a la mesa, porque entraña una comunión de vida: mejor nombre que el de los griegos, que llaman a la misma cosa «comilona» o «comensal», dando a entender que lo menor de ello es lo que más aprecian.

XIV. 46. Yo, en verdad, por el deleite de la conversación, disfruto también de convites a buena hora, y no solo con mis contemporáneos, que ya quedan muy pocos, sino también con los de vuestra edad y con vosotros mismos; y tengo gran gratitud a la vejez, que ha acrecentado en mí el apetito de la conversación y quitado el de la bebida y la comida. Y si algo place también eso — para que no parezca que he declarado la guerra del todo al placer, del que acaso hay alguna medida natural—, no comprendo por qué la vejez no tiene sentido ni para esos mismos placeres. Me deleitan los cargos de mesa instituidos por los mayores, y la conversación que en el uso de los mayores se entabla desde el asiento de honor con la copa, y las copas pequeñas y como rociadas, como en el *Simposio* de Jenofonte, y el fresco en verano y, a su vez, el sol o el fuego en invierno; que también suelo disfrutar en la Sabina, y lleno cada día el convite de mis vecinos, que alargamos hasta muy entrada la noche con conversación tan variada como podemos.

47. Pero no hay en los viejos tanta como una especie de cosquilleo de los placeres. Lo creo; pero tampoco hay apetencia de ellos; y nada molesta lo que no se echa de menos. Bien dijo Sófocles cuando ya entrado en años alguien le preguntó si aún practicaba los placeres del amor: «¡Líbreme los dioses!; los huí de muy buen grado, como se huye de un amo fiero y arrogante.» Pues a quienes ansían esas cosas les resulta quizá odioso y molesto carecer de ellas; a quienes están saciados y hartos, más grato es carecer que gozar. Aunque no carece quien no echa de menos; así que digo que no echarlas de

menos es más grato.

48. Y si la buena edad goza de esos mismos placeres con más gusto, primero goza de cosas pequeñas, como hemos dicho, y luego la vejez tampoco está del todo privada de ellos, aunque no los tenga en abundancia. Como el que contempla el espectáculo de Ambivio Turpión desde la primera fila disfruta más, pero también disfruta el que está en la última: así la juventud, que contempla los placeres de más cerca, acaso se alegra más; pero la vejez también se deleita viéndolos desde lejos, en la medida en que es suficiente.
49. ¡Y cuánto vale que el ánimo, como licenciado del servicio de la pasión, la ambición, la rivalidad, los odios y todas las apetencias, esté consigo mismo y, como se dice, viva consigo! Si tiene además algún alimento de estudio y saber, nada hay más placentero que una vejez ociosa. Veíamos a Cayo Galo, amigo del padre tuyo, Escipión, casi consumido en el empeño de medir el cielo y la tierra. ¡Cuántas veces le sorprendió la luz de mañana trazando algo que había comenzado de noche, cuántas veces la noche cuando había comenzado de mañana! ¡Qué placer le daba predecir con tanta antelación los eclipses de sol y de luna!
50. ¿Qué hay de los estudios más ligeros pero igualmente agudos? ¡Qué gozaba Nevio con su *Guerra Púnica*, qué Plauto con su *Truculento*, qué con su *Pseudolo*! Vi también anciano a Livio; habiendo puesto en escena una obra siendo cónsules Centón y Tuditano, seis años antes de mi nacimiento, llegó en vida hasta mi juventud. ¿Qué diré del estudio del derecho pontifical y civil de Publio Licinio Craso, o del de este Publio Escipión que hace pocos días fue nombrado pontífice máximo? Y a todos los que he mencionado los vi ancianos ardientes en estos

estudios. Y a Marco Cetego, a quien con razón llamó Enio «médula de la persuasión», ¡con qué ardor lo veíamos ejercitarse incluso anciano en la oratoria! ¿Con qué son comparables los placeres de los festines, de los juegos, de las prostitutas en comparación con estos placeres? Y esos estudios doctrinales, que para los prudentes y bien formados crecen al par con la edad, hacen honor a aquello que dijo Solón en cierto versillo, como antes cité: que se hace viejo aprendiendo muchas cosas cada día. No puede haber deleite mayor para el alma.

XV. 51. Llego ahora a los placeres del campo, por los que yo siento una delectación increíble; que no los estorba ninguna vejez, y me parecen los más cercanos a la vida del sabio. Se llevan con la tierra, que nunca rechaza el mandato ni devuelve sin interés lo que recibió, sino unas veces con menor rédito, y la mayor parte de las veces con mayor. Y no solo el fruto, sino también la propia fuerza y naturaleza de la tierra me deleita. Cuando esta recibe en su seno ablandado y labrado la semilla esparcida, primero la retiene oculta —de donde toma nombre la «ocultación» que lo hace—, luego, calentada por el vapor y la presión, la despliega y extrae la germinación verdosa que brota de ella; que, nutrida por las raíces, crece poco a poco y, erguida en un tallo de nudos, queda encerrada en vainas como si alcanzara ya la pubertad; al emerger de ellas, despliega el grano del espigón ordenado en filas y se guarda de los ataques de los pajarillos con una empalizada de aristas.

52. ¿Para qué mencionar el nacimiento, la siembra, el crecimiento de las vides? No puedo saciarme de deleite: para que conozcáis el descanso y el entretenimiento de mi vejez. Omito la propia fuerza de todo lo que la tierra engendra: la higuera, que de tan pequeño grano, o la vid, de su pequeña pepita, o las demás plantas de semillas tan diminutas, producen tan grandes troncos y ramas. Los esquejes, los acodos, los sarmientos, las estacas vivas,

los propágulos ¿no producen el asombro y el deleite de cualquiera? La vid, que por naturaleza es caediza y cae a tierra si no se la sostiene, se agarra con sus zarcillos como con manos a cualquier cosa que encuentra y se eleva; a la que, al ir serpenteando con su largo y errático discurrir, el arte del agricultor la poda y la refrena con el hierro para que no se haga silvestre con los sarmientos y se extienda con exceso en todas direcciones.

53. Así, al comienzo de la primavera, en los sarmientos que han quedado, brota lo que se llama yema, de la que naciendo se muestra el racimo, que creciendo con el jugo de la tierra y el calor del sol es al principio muy agrio al gusto, y luego, madurando, se endulza; cubierto de pámpanos no le falta un calor moderado y repele los ardores excesivos del sol. ¿Qué puede ser más alegre en su fruto o más hermoso a la vista? De lo cual no solo la utilidad me deleita, como he dicho, sino también el cultivo y la naturaleza misma: las hileras de rodrigones, la unión de las cabezas, la atadura y propagación de las vides, la poda que mencioné de unos sarmientos y el dejar crecer otros. ¿Para qué hablar de los riegos, de las labores y de la segunda cava del campo, con las que la tierra se vuelve mucho más fértil?
54. ¿Para qué hablar de la utilidad del estiércol? Lo dije en el libro que escribí sobre el campo; del que el docto Hesíodo no dijo ni una palabra cuando escribió sobre el cultivo de los campos. Mas Homero, que a mi parecer vivió muchos siglos antes, hace a Laertes aliviar la añoranza que sentía por su hijo labrando el campo y estercorándolo. Y la vida del campo no es solo alegre por las mieses, los prados, los viñedos y los huertos, sino también por los jardines y los frutales, por los pastos del ganado, los enjambres de abejas y la variedad de todas las flores. Y no solo los plantíos nos deleitan, sino también los injertos, en los que

nada ha encontrado la agricultura más ingenioso.

XVI. 55. Podría ir enumerando los muchos deleites de la vida del campo; pero lo que he dicho ya me parece largo. Perdonadme; pues me he dejado llevar por la afición a las cosas del campo, y la vejez es de suyo más habladora: no quiero que parezca que la defiendo de todos sus vicios. En esta vida consumió Marco Curio el último tramo de su existencia, tras haber triunfado de los samnitas, los sabinos y Pirro. Cuando contemplo su villa —pues no está lejos de mí—, no me canso de admirar la continencia del propio hombre y la disciplina de aquellos tiempos. Cuando Curio estaba sentado junto al hogar, los samnitas le llevaron un gran peso de oro; él lo rechazó: no le parecía glorioso poseer el oro, sino mandar sobre quienes lo poseían.

56. ¿Podía semejante espíritu dejar de hacer feliz la vejez? Pero voy a los labradores, para no apartarme de mí mismo. En el campo estaban entonces los senadores, es decir los ancianos —pues «senador» viene de «anciano»—, ya que a Lucio Quinctio Cincinato, que estaba arando, se le notificó que había sido nombrado dictador; y por orden de ese mismo dictador, el jefe de caballería Cayo Servilio Ahala mató a Espurio Melio que aspiraba al poder regio. De su villa era llamado al senado Curio y los demás ancianos, de donde los que los llamaban recibieron el nombre de «viadores». ¿Fue miserable la vejez de estos hombres que se entretenían con el cultivo del campo? En mi opinión, no sé si puede darse ninguna más dichosa; y no solo por el deber, ya que el cultivo de los campos es saludable para el género humano en conjunto, sino también por el deleite que he dicho y por la abundancia y plenitud de todo lo necesario para la alimentación de los hombres y para el culto también de los dioses; de modo que, puesto que estas cosas se anhelan, volvamos ya al buen acuerdo con el

placer. Pues siempre la cava y la bodega de aceite y el granero del amo diligente y laborioso están llenos, y la villa toda es rica y abunda en cerdo, cabrito, cordero, gallina, leche, queso y miel. Y los propios labradores llaman al huerto «segunda despensa». A todo esto le añaden mayor sabor también los placeres de la caza y de la pesca en los ratos libres.

57. ¿Qué más diré de la verdura de los prados, de las filas de árboles, de la hermosa vista de los viñedos y olivares? Lo diré brevemente: nada puede haber más abundante en utilidad ni más ornado en apariencia que un campo bien cultivado; para gozar del cual la vejez no solo no es un impedimento, sino que incluso lo invita y nos llama a ello. ¿Dónde puede calentarse mejor esa edad, ya sea con el sol o junto al fuego, o refrescarse a su vez con la sombra y el agua?
58. Tengan para ellos las armas, los caballos, las lanzas, el bastón y la pelota, las nataciones y las carreras; a nosotros los viejos déjenos entre muchos juegos los dados y las tabas; o incluso eso, como les plazca, puesto que la vejez puede ser feliz sin ellos.

XVII. 59. Los libros de Jenofonte son de grandísima utilidad para muchas cosas; leédlos, os lo ruego, con empeño, como ya hacéis. ¡Con qué copiosa elocuencia alaba allí el cultivo del campo en el libro sobre la administración doméstica, que se titula *Económico*! Y para que comprendáis que nada le parece tan regio como la afición al cultivo del campo, Sócrates en ese libro conversa con Critóbulo sobre Ciro el Joven, rey de los persas, destacado por su ingenio y la gloria de su poder: que cuando Lisandro el lacedemon, varón de grandísima virtud, fue a verle a Sardes y le llevó presentes de los aliados, fue afable y cortés con él en todo, y le mostró un cercado

cultivado con gran esmero. Cuando Lisandro admiró la altura de los árboles, las filas dispuestas en quincunce, la tierra bien labrada y limpia y la fragancia de los perfumes que exhalaban las flores, le dijo que admiraba no solo el cuidado sino también la habilidad del que había trazado y dispuesto todo aquello. Y Ciro respondió: «Pues todo eso lo trazé yo mismo; son mis filas, mi disposición, muchos de esos árboles los planté con mi propia mano.» Entonces Lisandro, mirando su púrpura y el brillo de su cuerpo y el adorno persa con mucho oro y muchas gemas, dijo: «Con razón te llaman dichoso, Ciro, pues a tu virtud se ha unido la fortuna.»

60. De esta fortuna, pues, pueden gozar los viejos; y la edad no impide que mantengamos el afán por estas otras cosas, y sobre todo por el cultivo del campo, hasta el último momento de la vejez. Sabemos que Marco Valerio Corvino llegó a los cien años, viviendo al final de su vida en el campo y cultivándolo; entre su primer y su sexto consulado mediaron cuarenta y seis años. Así, el espacio de vida que los mayores quisieron que fuera el comienzo de la vejez fue el de su carrera de honores; y su última edad fue más feliz que la mediana, pues tenía más autoridad y menos carga. Mas el pináculo de la vejez es la autoridad.

61. ¡Cuánta fue la de Lucio Cecilio Metelo, cuánta la de Aulo Atilio Calatino! De este es el epitafio: «En este coinciden muchos pueblos: fue el primero de los hombres del pueblo.» Conocido es el carmen grabado en su sepulcro. Con razón pesaba mucho aquel cuya fama de alabanzas era unánime entre todos. ¡Qué varón fue hace poco Publio Craso, pontífice máximo, y después Marco Lépidio, dotado del mismo sacerdocio! ¿Qué diré de Paulo o de Africano, o, como antes, de Máximo? En la opinión de estos, y aun en un simple gesto, residía la autoridad. La vejez, y sobre todo la vejez honrada, tiene tanta autoridad que vale más

que todos los placeres de la juventud.

XVIII. 62. Pero en todo lo que estoy diciendo, recordad que alabo aquella vejez que tiene sus fundamentos puestos en la juventud. De lo cual se sigue lo que yo dije una vez con general asentimiento: miserable es la vejez que ha de defenderse con palabras. Las canas y las arrugas no pueden arrogarse de repente la autoridad: es una vida anterior honestamente vivida la que recoge al final los frutos de la autoridad.

63. Pues estos mismos son los honores que parecen leves y comunes: ser saludado, ser buscado, que se aparten para dejarte paso, que se levanten, que te acompañen de ida y de vuelta, que se consulte tu opinión; que se observan con mayor diligencia entre nosotros y en los demás pueblos cuanto mejor son sus costumbres. Se dice que Lisandro el lacedemon, del que hace poco hice mención, solía decir que Esparta era la más honorable residencia para la vejez: en ningún lugar se tributa tanto respeto a la edad, en ninguno es la vejez más honrada. Incluso se cuenta que cuando en Atenas un anciano entró en el teatro durante los juegos, en la numerosa concurrencia ninguno de sus conciudadanos le cedió el sitio; al acercarse al lugar donde estaban sentados los lacedemonios, que estaban allí como embajadores, se levantaron todos, según se dice, y dieron asiento al anciano.

64. Cuando de toda la concurrencia se les tributó un amplio aplauso, uno de ellos dijo que los atenienses sabían lo que era recto pero no querían practicarlo. Muchas cosas excelentes hay en nuestro colegio augural, pero sobre todo esto de lo que tratamos: que cada uno, según supera en edad, así tiene la primacía en el turno de votar; y los augures de mayor edad son preferidos no solo a los que tienen honores, sino incluso a los que tienen el mando.

¿Qué placeres del cuerpo, pues, son comparables con los galardones de la autoridad? Quienes los han empleado con brillo me parecen que han representado bien la pieza de la vida y no han caído, como actores sin experiencia, en el último acto.

65. Pero son los viejos caprichosos, inquietos, iracundos y difíciles, se nos dirá; si buscamos, también avaros; pero estos son defectos del carácter, no de la vejez. Y aun la irritabilidad y esos demás vicios que mencioné tienen alguna disculpa, no justa por supuesto, pero que puede parecerlo: se creen menospreciados, despreciados, burlados; además, en un cuerpo frágil cualquier contrariedad resulta odiosa. Todo eso, sin embargo, se endulza con los buenos caracteres y las buenas artes; y esto puede entenderse tanto en la vida como en la escena, por aquellos dos hermanos de las *Adelfos*. ¡Qué dureza hay en el uno, qué afabilidad en el otro! Así es la cosa: no todo vino, ni todo carácter, se agria con el tiempo. Apruebo la severidad en la vejez; pero esta, como todo lo demás, con medida: la amargura, en ningún modo.

66. La avaricia senil no alcanzo a entender qué puede querer; pues ¿hay algo más absurdo que, a menor trecho que queda del camino, buscar más provisión para el viaje?

XIX. Queda la cuarta causa, la que parece angustiar y tener en vilo más nuestra edad: la proximidad de la muerte, que sin duda no puede estar lejos de la vejez. ¡Desdichado el anciano que en tan larga vida no ha llegado a ver que la muerte ha de despreciarse! La cual o bien debe ignorarse por completo, si extingue del todo el alma, o bien debe incluso desearse, si la lleva a algún lugar donde ha de ser eterna; no puede encontrarse ciertamente una tercera posibilidad.

67. ¿Por qué, pues, he de temer, si tras la muerte o no seré desdichado o seré incluso dichoso? Y con todo, ¿quién hay tan necio, por joven que sea, que tenga por seguro vivir hasta el anochecer? Es más: esa edad tiene muchos más azares de muerte que la nuestra; los jóvenes caen más fácilmente en las enfermedades, las padecen con más gravedad, se curan con mayor dificultad. Así que pocos llegan a la vejez; lo que si no ocurriera, se viviría mejor y con más prudencia. Pues el juicio, la razón y el discernimiento están en los viejos; sin ellos no habría habido ciudades en absoluto. Pero vuelvo a la muerte inminente. ¿Qué culpa es esa de la vejez, si veis que es común a la vejez y a la juventud?
68. Yo lo sentí en mi excelente hijo, tú en tus hermanos destinados a la más alta dignidad, Escipión: que la muerte es común a toda edad. Pero el joven espera vivir mucho tiempo, cosa que el anciano ya no puede esperar. El joven espera necio; pues ¿qué hay más necio que tener lo incierto por cierto, lo falso por verdadero? Pero el anciano ya no tiene ni esperanza. Pero está en mejor condición que el joven, pues lo que aquel espera, este ya lo ha alcanzado; aquel quiere vivir mucho tiempo, este ha vivido mucho tiempo.
69. Y sin embargo, ¡oh dioses!, ¿qué es largo en la naturaleza humana? Concededme el máximo tiempo; esperemos la edad del rey de los tartesios —pues veo escrito que hubo cierto Argantonio en Gades, que reinó ochenta años y vivió ciento veinte—, pero nada me parece largo si tiene algún final. Pues cuando ese final llega, entonces todo lo pasado se ha escurrido; solo queda lo que has alcanzado con la virtud y las buenas acciones; las horas pasan, los días, los meses y los años, y el tiempo pasado no vuelve jamás, y lo que ha de venir no puede saberse; cada cual

ha de contentarse con el tiempo de vida que se le da.

70. Pues el actor no tiene que representar toda la obra para complacer: basta con que en cualquier acto en que intervenga merezca aprobación; ni el sabio tiene que llegar hasta el «aplaudid». El breve tiempo de la vida es suficientemente largo para vivir bien y honestamente; y si se prolonga más, no hay que afligirse más de lo que el labrador se aflige porque tras la dulzura de la primavera ya pasada hayan venido el verano y el otoño. La primavera representa como la juventud y anuncia los frutos futuros; las demás estaciones están destinadas a segar y recoger los frutos.

71. Y el fruto de la vejez, como he dicho a menudo, es la memoria y la abundancia de los bienes antes adquiridos. Todo lo que se hace conforme a la naturaleza ha de tenerse por bueno. ¿Qué hay más conforme a la naturaleza que morir siendo viejo? Lo mismo le ocurre a los jóvenes contrariando y resistiendo la naturaleza. Así me parecen morir los jóvenes como cuando una llama es apagada por gran cantidad de agua; y los viejos, como cuando el fuego se extingue por sí solo sin que se le haya aplicado ninguna fuerza; y así como los frutos de los árboles, si están verdes, apenas se arrancan, pero si están maduros y cocidos caen por sí solos, así la fuerza arrebatada la vida a los jóvenes y la madurez a los viejos; madurez que a mí me resulta tan grata que, cuanto más me acerco a la muerte, más parece que veo tierra y que voy a llegar algún día al puerto tras larga navegación.

XX. 72. La vejez no tiene un límite fijo, y se vive rectamente en ella mientras se pueda cumplir y defender la obligación del deber, y despreciar la muerte; de lo que resulta que la vejez puede ser

incluso más valerosa que la juventud. Esto es lo que respondió Solón al tirano Pisístrato, que le preguntaba en qué se apoyaba para resistírsele con tanta audacia: «En la vejez», se dice que respondió. Mas el mejor fin de vivir es cuando la mente está íntegra y los sentidos en sus cabales y la naturaleza misma deshace su propia obra como el que con más facilidad derriba lo que él mismo construyó. Y como la misma persona que construyó un barco o un edificio lo derriba con mayor facilidad, así la naturaleza deshace con mayor facilidad al hombre que ella misma formó. Y toda unión reciente se separa con dificultad; la ya vieja, con facilidad. Así resulta que ese breve resto de vida no ha de apetecerse con ansia por parte de los viejos ni ha de abandonarse sin causa; y Pitágoras manda que no se abandone la guardia y el puesto de la vida sin orden del jefe, es decir, de dios.

73. Propio del sabio Solón es el epitafio en que dice no querer que su muerte carezca del dolor y los lamentos de sus amigos. Quiere, creo, ser querido de los suyos; pero no sé si mejor Enio:

Nadie me honre con lágrimas ni celebre mis funerales con llanto.

74. No cree que haya que llorar una muerte a la que sigue la inmortalidad. Puede haber algún momento de sentir la muerte, y ese momento es breve, sobre todo para el anciano; tras la muerte, el sentir o es deseable o es ninguno. Pero esto ha de meditarse desde la juventud: que despreciemos la muerte; sin esta meditación nadie puede tener el ánimo tranquilo. Pues morir es cierto, e incierto si acaso este mismo día. ¿Cómo podrá mantenerse sereno el que teme la muerte que amenaza a todas horas?

75. Sobre lo cual no parece que sea preciso un discurso muy largo, cuando recuerdo no a Lucio Bruto, que murió libertando a su patria, no a los dos Decios, que espolearon sus caballos hacia una muerte voluntaria, no a Marco

Atilio, que marchó al suplicio por conservar la palabra dada al enemigo, no a los dos Escipiones, que quisieron obstruir el paso a los cartagineses con sus propios cuerpos, no a tu abuelo Lucio Paulo, que pagó con su muerte la temeridad de su colega en la vergüenza de Cannas, no a Marco Marcelo, cuya muerte ni el enemigo más cruel consintió que careciera del honor de la sepultura, sino a nuestras legiones, como escribí en los *Orígenes*, que marcharon tantas veces con ánimo alegre y erguido al lugar del que no creían que iban a volver. ¿Lo que desprecian jóvenes, y no solo jóvenes doctos sino también rústicos, lo temerán viejos ya instruidos?

76. En general, a mi parecer, la saciedad de todos los estudios produce saciedad de la vida. Hay estudios propios de la niñez; ¿los echan de menos los jóvenes? Los hay del comienzo de la juventud; ¿los reclama la edad madura que se llama la edad firme? Los hay también de esa edad; tampoco se buscan en la vejez. Hay estudios finales propios de la vejez: pues así como mueren los estudios de las edades anteriores, así mueren también los de la vejez; y cuando esto ocurre, la saciedad de la vida trae el momento propicio para la muerte.

XXI. 77. Pues no veo por qué no me atrevería a deciros lo que yo mismo pienso de la muerte, que me parece verlo tanto mejor cuanto más me acerco a ella. Creo, Publio Escipión, y tú, Cayo Lelio, que vuestros padres, varones ilustrísimos y muy queridos para mí, viven; y viven aquella vida que es la única digna de ese nombre. Pues mientras estamos encerrados en esta unión del cuerpo, cumplimos una función de necesidad y una labor pesada; pues el alma es de origen celeste y está sumergida y como hundida en la tierra, lugar contrario a su naturaleza divina y eterna. Pero creo que los dioses inmortales esparcieron las almas en los cuerpos humanos para que

hubiera quienes cuidaran de la tierra y que, contemplando el orden de los cuerpos celestes, lo imitaran en la regularidad y constancia de su vida. Y no solo la razón y el razonamiento me llevaron a creerlo así, sino también la autoridad de los más ilustres filósofos.

78. Escuchaba a Pitágoras y a los pitagóricos, casi nuestros paisanos, que en otro tiempo fueron llamados filósofos itálicos, que nunca dudaron de que nuestras almas habían sido extraídas de la mente divina universal. Se me mostraba además lo que Sócrates el último día de su vida había discurrido sobre la inmortalidad de las almas: aquel a quien el oráculo de Apolo juzgó el más sabio de todos. ¿Para qué más? Así me he convencido, así lo siento: puesto que los espíritus son tan veloces, tan grande su memoria del pasado y su previsión del futuro, tantas las artes, tantos los saberes, tantos los inventos, no puede ser mortal la naturaleza que los contiene; y puesto que el ánima se mueve siempre y no tiene comienzo de movimiento, porque se mueve por sí misma, tampoco tendrá fin de movimiento, porque nunca se abandonará a sí misma; y puesto que la naturaleza del alma es simple y no tiene en sí nada mezclado que sea diferente y distinto de ella, no puede dividirse; y si no puede dividirse, no puede perecer. Y gran argumento es el de que los hombres saben muchas cosas antes de nacer: pues los niños, cuando aprenden artes difíciles, las captan tan aprisa que no parecen recibirlas entonces por vez primera, sino recordarlas. Esto es en su mayor parte de Platón.

XXII. 79. En Jenofonte, el anciano Ciro moribundo dice esto: «No creáis, hijos queridísimos míos, que cuando me haya ido de vuestro lado no seré en ningún lugar o seré nada. Pues mientras estuve con vosotros no veáis mi alma; pero por las obras que realizaba comprendíais que estaba en este cuerpo. Creed, pues, que es la misma, aunque no la veáis.

80. »Y en verdad los honores a los varones ilustres no perdurarían después de su muerte si sus propias almas no hicieran que retuviéramos su recuerdo durante más tiempo. Nunca pude convencerme de que las almas vivían mientras estaban en los cuerpos mortales y morían al salir de ellos; ni de que el alma se volviera insensata al escapar de un cuerpo insensato: antes bien, cuando libre de toda mezcla corporal hubiera empezado a ser pura e íntegra, entonces sería sabia. Y además, cuando la naturaleza del hombre se disuelve con la muerte, se ve claramente adónde se dirige cada cosa; pues todo vuelve al lugar de donde nació, pero el alma sola no se ve ni cuando está presente ni cuando se va. Y veis además que no hay nada tan semejante a la muerte como el sueño.

81. »Y sin embargo los espíritus de los que duermen demuestran más su divinidad: pues muchas cosas prevén cuando están relajados y libres. De lo cual se deduce cómo serán cuando se hayan liberado enteramente de las ataduras del cuerpo. Por ello, si así son las cosas, rendidme culto como a un dios», dijo; «y si el alma ha de perecer con el cuerpo, vosotros, reverenciando a los dioses que cuidan y rigen toda esta hermosura, guardaréis piadosa e inviolablemente nuestra memoria.»

XXIII. 82. Esto dice Ciro al morir; nosotros, si os parece, veamos lo nuestro. A mí nadie me persuadirá, Escipión, de que tu padre Paulo, o tus dos abuelos Paulo y Africano, o el padre de Africano, o su tío, o tantos varones ilustres que no es preciso enumerar, hayan acometido empresas tan grandes que atañen a la memoria de la posteridad, si no veían con el alma que esa posteridad les concernía. ¿Crees tú, para que me gloríe yo mismo de algo a la manera de los viejos, que yo habría tomado sobre mí tantos esfuerzos de día y de noche en casa y en campaña si los límites de

mi gloria hubieran de ser los mismos que los de mi vida? ¿No hubiera sido mucho mejor llevar una vida ociosa y tranquila sin ningún esfuerzo ni afán? Pero no sé de qué modo el alma, levantándose, miraba siempre hacia la posteridad, como si, al salir de la vida, entonces precisamente hubiera de empezar a vivir. Y si no fuera así, si las almas no fueran inmortales, no tendería el alma de los mejores con tanto afán hacia la inmortalidad y la gloria.

83. ¿Y qué hay de que el más sabio muere con el mayor sosiego y el más necio con el mayor desasosiego? ¿No os parece que ese espíritu que ve más y más lejos advierte que se dirige a algo mejor, y que aquel cuya vista es más obtusa no lo ve? Yo me siento arrastrado con vehemencia por el deseo de ver a vuestros padres, a quienes estimé y quise; y no solo aspiro a encontrar a los que yo mismo conocí, sino también a aquellos de quienes oí hablar, de quienes leí, sobre quienes yo mismo escribí. Y hacia allá cuando parta, no habrá quien me detenga fácilmente, ni quien me lleve de nuevo al fuego como a Pelias. Y si algún dios me concediera la gracia de volverme niño desde esta edad y llorar en la cuna, lo rechazaría de plano; no querría en modo alguno, como quien ha ya recorrido el estadio, ser llamado de vuelta desde la meta a los carceles.

84. ¿Qué ventaja tiene la vida? ¿Qué no tiene de penoso? Aunque tenga ventajas, tiene ciertamente saciedad o medida. No es mi gusto lamentarme de la vida, como muchos, y entre ellos personas instruidas, han hecho a menudo; ni me arrepiento de haber vivido, puesto que lo hice de modo que no creo haber nacido en vano; y me alejo de la vida como de una posada, no como de una casa. Pues la naturaleza nos dio alojamiento para pasar, no para quedarnos. ¡Oh qué glorioso día aquel en que parta hacia esa asamblea y reunión divina de las almas y me aparte de esta muchedumbre y confusión! Pues partiré

no solo hacia los varones de que antes hablé, sino también hacia mi Catón, hombre del que nació ninguno mejor ni más señalado en piedad; cuyo cuerpo quemé yo, siendo al contrario lo que debía, y su alma, no abandonándome sino mirando atrás, partió sin duda hacia ese lugar adonde me veía que yo mismo había de llegar. Ese golpe pareció que lo soporté con fortaleza: no porque lo soportara con serenidad, sino porque me consolaba pensando que la separación y la ausencia entre nosotros no sería larga.

85. Por estas razones, Escipión —pues dijiste que tú y Lelio soléis admiraros de ello—, la vejez me es leve, y no solo no me es molesta, sino incluso placentera. Y si en esto me equivoco, creyendo inmortales las almas de los hombres, me equivoco con gusto; y ese error en el que me deleito mientras vivo no quiero que me sea arrebatado. Y si una vez muerto ya no siento nada, como piensan ciertos filósofos menores, no temo que los filósofos muertos se burlen de mi error. Si no hemos de ser inmortales, sin embargo es deseable para el hombre apagarse en su momento. Pues la naturaleza tiene una medida para vivir, como para todas las demás cosas. La vejez es la consumación de la vida, como la de una obra teatral, cuyo agotamiento debemos huir, sobre todo cuando ya nos ha llegado la saciedad. Esto es lo que tenía que decir sobre la vejez; ojalá lleguéis a ella para poder comprobar con la experiencia lo que habéis escuchado de mí.